

que son divinos y obra de los dioses, y que los poetas no pasan de ser sus intérpretes, sea cual fuere el dios que les posca. Para hacernos palpable dicha verdad, el dios ha cantado expresamente la oda más bella del mundo, valiéndose de los labios del poeta más mediocre. ¿No crees que tengo razón, mi querido Ion? Los poetas, por favor divino, son cerca de nosotros los intérpretes de los dioses».

Si al insuflársele el aliento celestial no desmaya en el suyo y con los dos respira y habla temeroso de perderse sin las cosas, su poema es un grifo, o un monstruo en arpegios, colores y estruendos, pero no poesía. Se enajena en su lenguaje el poeta y enajena a las cosas en el lenguaje y las envive de nuevo. Alienta un espíritu superior por su boca y las cosas se entregan a la comprensión de este aliento en su auténtica desnudez y pureza, en su perfecta realidad, que es su idealidad. El poeta identifica poesía y verdad, idealidad y realidad, sueño y razón; y el encanto de las cosas es su encantamiento. Ahora comprendemos por qué Fray Luis no se tiene por poeta, con serlo y sublime. El mismo no se percata del encantamiento de su vida del campo, de la transfiguración de la música de Salinas en su espíritu, de su Ascensión del Señor, en cuyo lenguaje se respira el aire que orca el huerto como la más devota compañía, la armonía sosteniendo el mundo en la más divina arquitectura y la pena afligidora y afligida en el más tremendo olvido de otra presencia augusta, en los días en que silenciarlo era, sobre pecado, asomo de herejía. Y entendemos también a Cervantes como poeta que renuncia a serlo al releer sus versos y no adivina que el aliento celestial y divino se ha encarnado en forma humana, que habla con sola su figura. Porque Don Quijote, él—su sola presencia y figura, arrogancia y prestancia—es el lenguaje de Cervantes. Lo que dice Don Quijote no es ya poesía, porque poesía es él. Y acaso en

